

# Veinticuatro canarios

## murieron en MAUTHAUSEN

*La realidad del exterminio, mucho más terrible que lo que vimos en "Holocausto":*

El tremendo "shock" individual y social producido por la emisión de la serie televisiva "Holocausto" sólo puede comprenderse si tenemos presente que dicha filmación recuerda el asesinato en masa más frío, más grande y más monstruoso de la violenta historia de la sociedad humana.

Durante varios días muchos de nuestros pensamientos y sentimientos se tambalearon y sufrieron una sincera llamada a la reflexión. Luego hemos ido olvidando nuevamente aquellos terribles acontecimientos que nos resultan extraños e increíbles pero que, tristemente, forman parte de una realidad histórica incontrovertible. Ha sido muy positivo el proyectar esta serie sobre el genocidio cometido por los nazis, sobre todo en países como el nuestro en el que durante muchos años no fue posible conocer la verdad de los crímenes ejecutados en aquellos campos de concentración.

Realmente la proyección de la serie encierra —dejando aparte los valores y los defectos cinematográficos que les puedan ser atribuibles— una dimensión moral que compartimos y asumimos plenamente. En general, "Holocausto" ha sido acogida muy positivamente y con una gran receptividad por el público. Las críticas de determinadas personas en algunos medios de información no han invalidado para nada el mensaje que entraña el recordatorio de la masacre. Decir que ha habido otros muchos "holocaustos" en la historia en nada contradice la terrible realidad del más grande y peculiar —por su frialdad e inhumanidad total— de todo los holocaustos cometidos. Aludir a la eficacia de los servicios propagandísticos judíos en la realización de películas de este género en nada invalida, igualmente, la triste realidad del "holocausto" cometido por los nazis; sería como afirmar que el contenido histórico de la serie "Raíces" es producto de la eficacia de supuestos servicios propagandísticos africanos. La terrible realidad histórica de la esclavitud afroamericana es igual-

mente verdadera antes y después de la proyección de "Raíces". Y el monstruoso crimen nazi tiene igual realidad con o sin la plasmación televisiva de "Holocausto".

La mejor intencionada de las críticas, y la más comprensible, es la que recuerda que en los campos nazis no solamente fueron exterminados los judíos. Esto es enteramente cierto, aunque hay que tener en cuenta que la anécdota del film "Holocausto" parte de la historia concreta de una familia judía que sirve como hilo conductor argumental de toda la serie. El hecho de que en la serie "Raíces" la familia de Kunta Kinte tenga una procedencia mandinga (malí) no supone en absoluto que otros pueblos africanos no sufrieran el crimen de la esclavización. De hecho la familia Weiss y los judíos son una intensa representación de la masacre mucho mayor de miles y miles de personas de diferentes orígenes, razas, creencias e ideas. Y, desde luego, hay que tener presente que "Holocausto" fue una serie basada en un relato previo de Gerald Green, producida por una gran cadena de la TV norteamericana poco dispuesta a resaltar las muertes de políticos, progresistas y prisioneros del Este en los campos nazis.

### CANARIOS MUERTOS EN MAUTHAUSEN

En efecto, en los campos de trabajo de tortura y de exterminio del III Reich alemán, además de judíos murieron muchos demócratas y progresistas alemanes y de otras nacionalidades y enormes contingentes de prisioneros (polacos, rusos, checos, franceses, etc.) procedentes de los países invadidos por los ejércitos de Hitler. Por ejemplo, en el campo de Mauthausen, murieron siete mil españoles (sin contar los muchos que fueron asesinados antes de ingresar en el campo). Y entre ellos dejaron sus

vidas cuando menos veinticuatro canarios. He aquí sus nombres, localidad de nacimiento y fecha de su muerte:

Francisco Alfonso García, La Laguna, 13-6-1942.

Israel Cabrera Alvarez, Canarias, 17-?-1945.

Domingo Cedrés Arrocha, Lanzarote, 18-11-1941.

Domingo Domínguez Moreno, Las Palmas, 30-10-1941.

Aniceto Duque Pérez, Santa Cruz de La Palma, 14-3-1942.

Manuel Fuentes Nieto, Santa Cruz de Tenerife, 12-11-1942.

Nicolás Hernández González, La Orotava, 9-11-1941.

Fulgencio Lorenzo Rodríguez, Garafía, 16-8-1941.

Rafael Martín Pérez, Las Palmas, 4-8-1942.

Orencio Mata Rodríguez, Garafía, 27-7-1941.

Alejandro Moreno García, Hermigua, 23-9-1941.

Pedro Nova de la Cruz, Arrecife, 6-5-1942.

Sebastián Perera Marrero, La Laguna, 12-11-1941.

Antonio Ramos Díaz, Las Palmas, 18-9-1942.

Vicente Ramos García, Las Palmas, 8-10-1941.

Emilio Reyes González, El Tablero, 21-8-1944.

Fidel Reyes Pérez, Santa Cruz de La Palma, 2-1-1941.

José Rodríguez Rodríguez, Tijarafe, 24-2-1942.

Felipe Rodríguez Sánchez, Santa Cruz de La Palma, 16-11-1941.

Matías Sánchez Santana, Las Palmas, 31-7-1941.

Pedro Santa Ana Domínguez, Las Palmas, 20-8-1941.

Miguel Santana Martín, Las Palmas, 28-1-1942.

Francisco Santana Pérez, Las Palmas, 26-9-1941.

Tabares Hernández, Santa Cruz de Tenerife, 5-5-1942.

El español Casimiro Climent—Sarrion computó los libros de los muertos del campo de Mauthausen entre 1941 y 1945, lo que permitió que con posterioridad fueran elaboradas listas de los que perdieron su vida en aquél. Los datos sobre los canarios muertos los hemos extraído de la listas elaborada por la *Amicale* de Mauthausen, publicada en el libro "Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen", elaborado por dos supervivientes de aquel infierno (1).

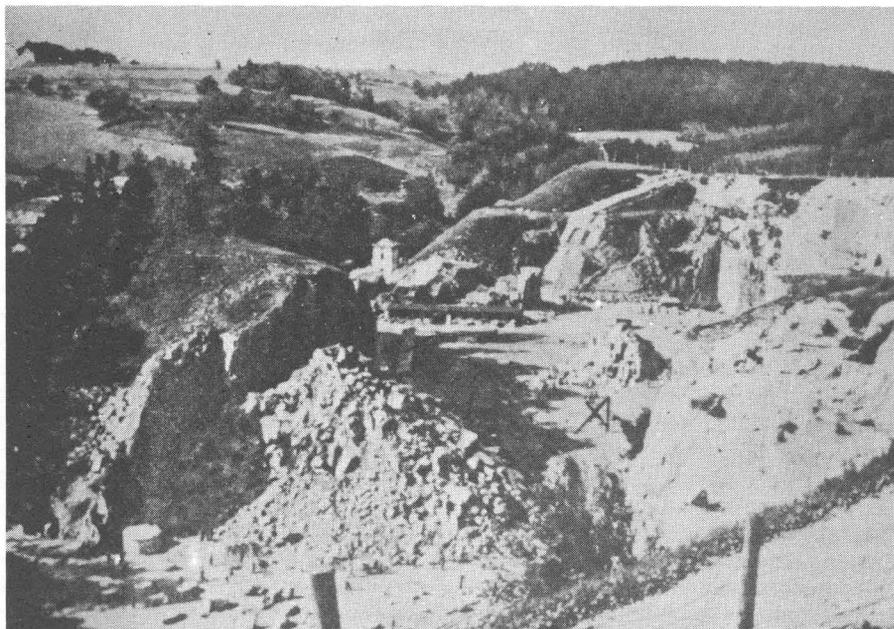
## LOS CAMPOS NAZIS: HISTORIA DE UNA PESADILLA

El primer campo de deportados del régimen nacional socialista fue el de Dachau. Se abrió poco tiempo después de la subida de Hitler al poder. Le siguió inmediatamente el de Sachsenhausen. En 1937 se abrió el de Buchenwald; en 1938, Mauthausen, en 1938, Flossenbürg y Ravensbrück, entre 1940 y 1943, Auschwitz, Bergen-Belsen, Gross-Rosen, Kaiserwald, Majdanek, Natzweiler-Struthof, Neuengamme y Stutthof, además de los centros de exterminio de Belzec, Chelmno, Sobibor y Teblinka.

Los primeros deportados a los campos de concentración fueron, a partir de 1933, los demócratas, socialistas y comunistas alemanes; les siguieron los reos de delitos comunes; desde 1934, los homosexuales; desde 1935, los objetores de conciencia; a partir de 1938 los gitanos y asociales (mendigos, vagabundos) y, sobre todo, los judíos, que fueron deportados masivamente a raíz de la *Kristal Nacht*. Y después del otoño de 1939, grandes masas de prisioneros procedentes de los países ocupados por la Alemania de Hitler.

En enero de 1941, Heydrich, jefe de la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich) clasificó los campos en tres categorías. Dachau y Sachsenhausen fueron calificados de primera categoría; Buchenwald y Flossenbürg, de segunda; y Mauthausen, de tercera. Esto quería decir que Mauthausen fue el primer campo de exterminio, al que se enviaban para ser aniquilados los "elementos irrecuperables".

La crueldad, la tortura, el crimen imperaron impunemente en los campos nazis. Desde 1939 se aplicó, por orden de Himmler, la eutanasia para los enfermos y subnormales. También por



El foso de la cantera de Mauthausen y la escalera de la muerte, escenario de la masacre

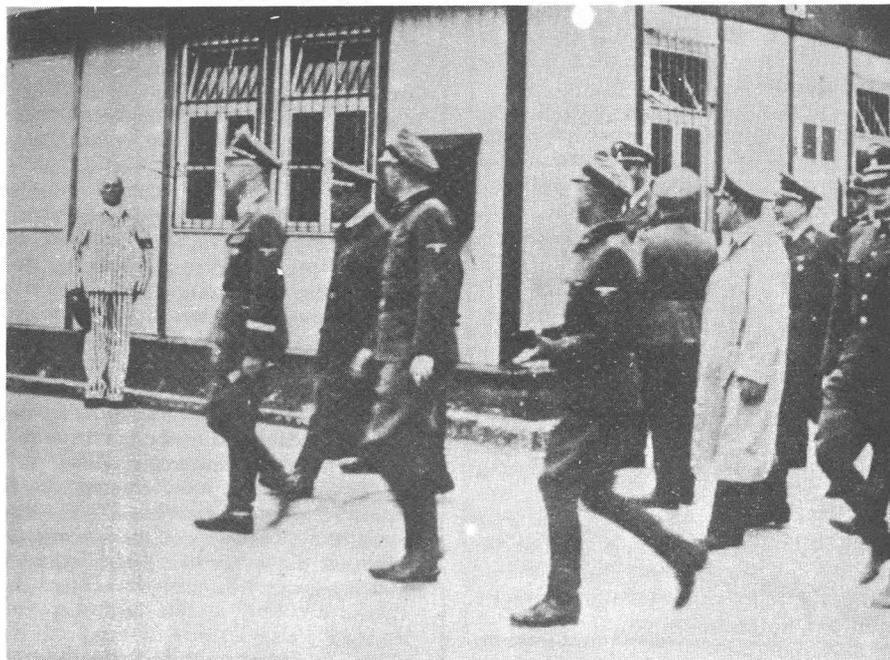
orden de Himmler, comenzaron los experimentos con los prisioneros sobre enfermedades (tifus, cáncer, esterilización, operaciones quirúrgicas, tuberculosis, trasplantes de huesos, etc.) y sobre las condiciones de resistencia en circunstancias de congelación, vuelos a gran altura y situaciones difíciles para el ser humano. Miles de hombres, mujeres y niños murieron a consecuencia de los experimentos.

A principios de 1942 Heydrich decidió la solución final al problema judío, intensificándose el exterminio masivo de éstos. Con anterioridad, el general Keitel había firmado el decreto *Nacht und Nebel* ("noche y niebla"), que significaba el aislamiento y el silencio más absoluto sobre la suerte que corrían los detenidos.

A la entrada del campo de Dachau se leía una frase conocida: *Arbeit macht frei* ("El trabajo hace libre"). A finales de 1941, en vista de las circunstancias de la guerra, se decidió aprovechar el trabajo de los deportados insertándolos como mano de obra gratuita en la producción industrial alemana, sobre todo en la industria de guerra. Se trataba de conseguir el exterminio a través de explotar al máximo a los prisioneros, mediante unas condiciones de trabajo brutales. Cada campo creó decenas de *Kommandos* de trabajo, vinculados a varios de los más importantes grupos industriales alemanes. Los deportados excavaron grandes galerías subterráneas, al abrigo de los posibles bombardeos, en donde trabajaron para la producción de armas, municiones, aviones, bombas V1 y V2, automóviles, piezas de recambio, motores de aviación, cañones y otras ramas de la industria de armamentos. En los campos de trabajo se producía cemento, caucho sintético, se extraía carbón o se picaban las canteras, como las de Mauthausen y Gusen, gestionadas por sociedades creadas por las SS para la industria estatal con mano de obra gratuita. Incluso los judíos, cuyo exterminio total e inmediato había decidido la RSHA, fueron destinados a la desaparición más lenta que suponían los *Kommandos* de trabajo. La duración media de vida en estos campos se calculó por los nazis en nueve meses, pero la existencia de la mayor parte de los deportados fue inferior a este periodo de tiempo.

### MOLINO DE HUESOS

Mauthausen es un pueblecito austriaco, emplazado en las riberas del Danubio, en medio de un paisaje de suaves ondulaciones del terreno y pequeños bosques de abetos. Se halla próximo a la zona industrial de Linz y ya ▶



Una de las inspecciones de Himmler en Mauthausen

## VEINTICUATRO CANARIOS MURIERON EN MAUTHAUSEN

durante la primera guerra mundial se situó en sus cercanías un campo de prisioneros. Cuando el III Reich anexionó Austria en 1938 Hitler decidió la construcción de un campo de deportados en las proximidades de Mauthausen, teniendo en cuenta la existencia en aquel lugar de las antiguas canteras en las que trabajarían los deportados. La construcción del campo la hicieron los propios internados. Se levantó una gran fortaleza y se comenzó una ciclópea muralla de circunvalación que nunca llegaría a concluirse. Los deportados, después de pasar un periodo que iniciaba su proceso de despersonalización, eran obligados a trabajar en las canteras en donde tenían que subir las grandes piedras por una larga y pendiente escalera: la tristemente famosa "escalera de la muerte".

Perder el equilibrio mientras se transportaban las piedras significaba muchas veces la muerte o el sufrir grandes heridas.

Desde los comienzos del campo de Mauthausen la crueldad se practicó allí sin límites. Enseguida fue conocido este campo en la Oficina Central de Seguridad del Reich con el nombre de "molino de huesos" (*Knochenmühle*).

Los primeros internados fueron delincuentes comunes alemanes. Luego fueron deportados detenidos de otras procedencias. Entre los primeros se encontraron los españoles, a quienes les tocó la tarea de comenzar a construir la formidable muralla, ya que por entonces la edificación del campo apenas se había iniciado.

Los españoles llegaron a Mauthausen después de recorrer un largo calvario iniciado cuando unos quinientos mil ciudadanos de este país atravesaron des-

# GUSEN: U

*Gusen fue una auténtica reproducción del infierno.*

*Patricio Serrano, que primero estuvo internado en Mauthausen, fue uno de los supervivientes del campo de Gusen, cuya realidad describió en el libro "Triángulo azul":*

En el transcurso del mes de enero de 1941 corrió el rumor de que se iba a edificar otro campo en los alrededores de Mauthausen, que los inválidos serían enviados a éste y que, de cualquier forma, el régimen de vida sería menos inhumano allí que en Mauthausen. El nuevo campo se hallaba a 5 km. de distancia. Esto era todo cuando se sabía.

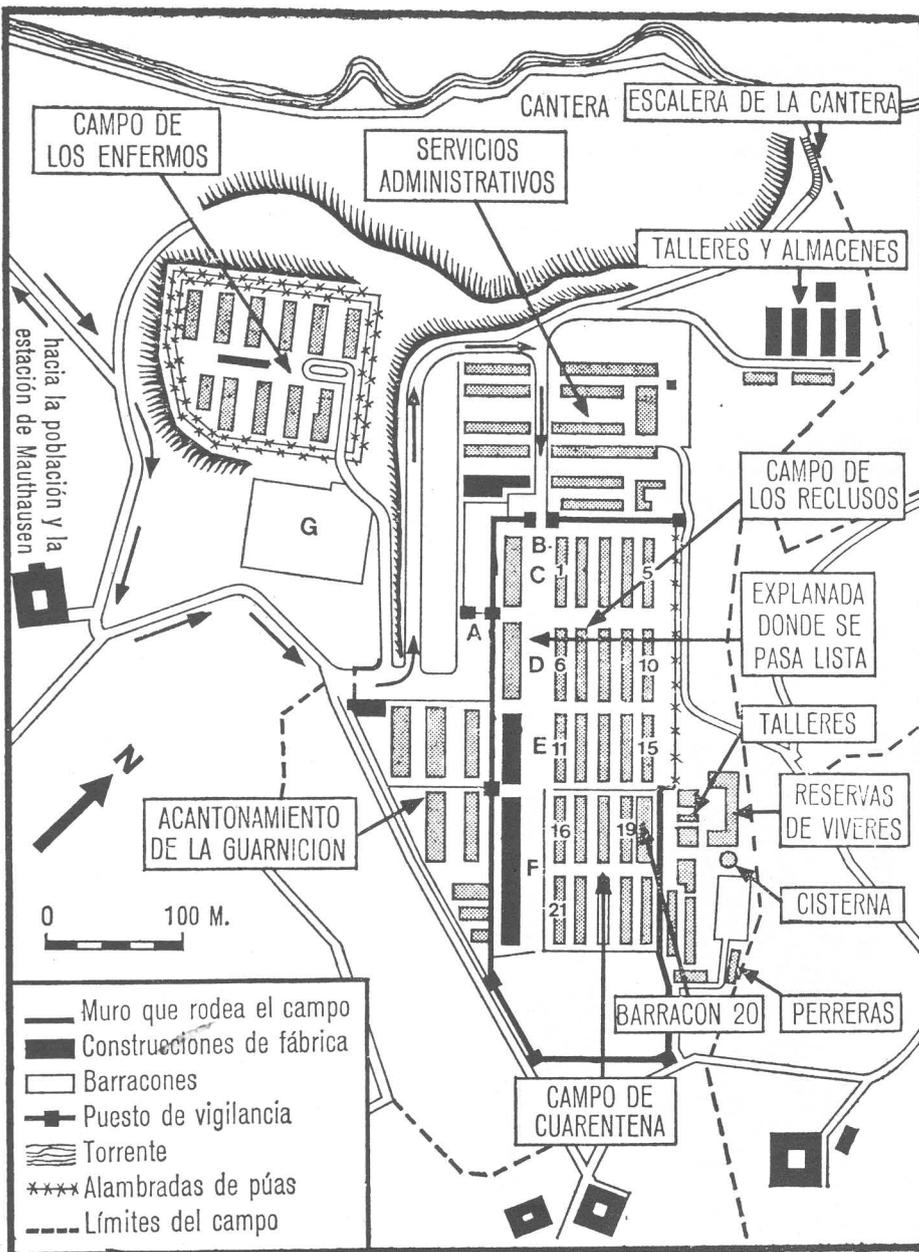
Patricio y Santiago, así como otros muchos, deliberaron entre sí a este respecto y decidieron formar parte de los primeros convoyes, siempre y cuando fuese posible, y confiar en su buena estrella... El 24 de enero fue enviado un primer destacamento; estaba constituido por los que parecían no ser aptos para trabajar en Mauthausen, debido a su mal estado de salud. Pero el misterio subsistía. Tan solo se sabía que el campo se llamaba Gusen, y que también estaba situado en el margen izquierdo del Danubio. Y nada más.

El 17 de febrero se debía formar un nuevo destacamento. Santiago y Patricio tomaron la decisión de hacerse incorporar a éste. Los camaradas Julián, Fidel y otros muchos optaron por unirse a ellos. Para comprobar su mal estado físico, el comandante los hacía desfilar ante él a paso de carga. Santiago, que disfrutaba entonces de buena salud, simuló cojear; los demás pretextaron tener heridas en los brazos y en las piernas. Creyeron engañar de esta forma a sus guardianes. Y aquel 17 de febrero, a las nueve de la mañana, un convoy de españoles se encaminó hacia Gusen donde llegó a las once.

Una explanada de 400 metros y luego, a la izquierda, 32 barracones pintados de negro. La primera impresión resultaba verdaderamente siniestra. Gusen era el auténtico campo de exterminio, y ahora se comprendía el porqué el comandante de Mauthausen enviaba a ese matadero a aquellos que, según él, ya no servían para nada.

El campo bordeaba la carretera principal. Tal circunstancia no modificaba en nada el comportamiento de los SS. Y los niños, que cada mañana se dirigían a la escuela, eran a menudo testigos de sus crímenes. El camarada Santiago, que trabajó más adelante en la construcción del muro que rodearía el campo, no vio jamás a esos niños detenerse ni dar la sensación de ver estas escenas terroríficas, así como tampoco a los hombres electrocutados que aún no habían sido retirados de las alambradas de púas a las que estaban asidos.

Los prisioneros fueron repartidos entre los jefes de barracones, todos ellos alemanes, presidiarios ya de muy antiguo. Empezaron a llover sobre nosotros los primeros estacazos. Santiago, Julián y Patricio fueron al barracón número 19, uno de los más terribles del campo, cuyo jefe era un preso de derecho común, sádico por naturaleza. Nadie podía ausentarse del barracón si no le había pedido previamente



Plano del campo de Mauthausen después de haber quedado terminado

# LA REPRODUCCION DEL INFIERNO

te la autorización.

Un catalán que había ido a visitar a otros presos del barracón de al lado sufrió a su regreso un correctivo que le dejó la cara y el pecho ensangrentados. Desquiciándose aún más al ver correr la sangre, ese salvaje hizo hacinarse a la fuerza a unos 200 deportados en una extremidad del barracón.

Estábamos todos llenos de aprensión esperando a ver lo que iba a suceder al día siguiente. A las cinco de la mañana, todo el mundo se tuvo que levantar y precipitarse hacia los lavabos, con el dorso desnudo, y regresar mojados para demostrar que se habían lavado. Seguidamente se distribuyó un cubilete de suciedad de café. Luego, después de que se hubo pasado lista, los hombres fueron repartidos en grupos de trabajo.

Los primeros días, muchos de los nuestros creyeron salir del paso inscribiéndose para pasar un reconocimiento médico. Cuando los demás habían partido ya para el trabajo, se les hizo recoger guijarros y formar con ellos montoncitos que, seguidamente, eran echados abajo. Si los montones no estaban bien hechos, todo el grupo era sometido a diversas vejaciones físicas, tal como el salto de la rana.

Los que morían durante la noche eran contados como siguiendo vivos cuando se procedía a pasar lista por la mañana, hasta que se les llevaba al horno crematorio. Esto hizo que llegásemos a decir que en Gusen hasta los muertos debían estar presentes cuando se pasaba lista.

En Gusen, al igual que en Mauthausen, el trabajo principal consistía en la explotación de la cantera. Situada ésta al norte del campo, en un macizo montañoso, se desprendía la roca con cartuchos de dinamita. Columnas de presos transportaban luego las piedras a cuestas. Los primeros españoles tuvieron que edificar un muro alrededor de las alambradas de púas que circundaban el campo. Se percataron entonces de que no se les trataría como a inválidos.

De hecho, la eliminación de vidas humanas en la cantera se iniciaba en cuanto se había pasado lista por la mañana. Nadie quería ir en ese kommando y el envío de los detenidos se llevaba a cabo a vergajazo limpio.

Durante los años 1941-1942, los alemanes llevaron a cabo las más atroces y fulgurantes eliminaciones que pueda uno llegar a imaginarse.

Esas eliminaciones afectaban sobre todo a los españoles.

Para mejor realizar esa labor de exterminio, los SS escogieron a los hombres que se hallaban en las peores condiciones físicas, tras haberlos hecho correr para comprobar el estado de sus fuerzas.

Más de 3.000 hombres fueron apartados de esta manera, con el fin de ser eliminados; Patricio se salvó por los pelos, pero no pudo evitar que otros excelentes camaradas fuesen designados para ser inmolados. Por demás, sus vidas se vieron truncadas en un tiempo record y en circunstancias espantosas.

Por aquel entonces se instalaban, según se decía, duchas para el personal. Se habían colocado 80 grifos duchas individuales en la parte alta de una estructura, y sin taparla por arriba ni por los lados, los SS empezaron a uti-

lizar las duchas para llevar a cabo la matanza.

Un nuevo dispositivo para exterminar a los hombres había sido puesto en funcionamiento.

Los que habían sido apartados de nosotros fueron sometidos a las más horribles torturas en los barracones 31 y 32, denominados barracones de los "inválidos".

Su régimen alimentario fue reducido a la mitad pues, en la Alemania nazi, el que no trabajaba no tenía derecho a comer.

Al cabo de unos días, y a guisa de experimento, un grupo de cien hombres fue colocado bajo las duchas; se abrieron los grifos al máximo para que el agua circulase a plena presión, y ello a la intemperie y con un frío insoportable, puesto que aquello ocurría en el mes de diciembre. Los prisioneros se frotaban el cuerpo para tratar de reaccionar, y los testigos oculares, entre los cuales Patricio que estaba alojado en un barracón contiguo, se tiraban de los pelos de desesperación ante esa escena atroz. Los verdugos daban latigazos a derecha e izquierda y en esa acción llena de salvajismo, un Oberscharführer, apodado "Drácula", se distinguía por su crueldad. Con las mangas remangadas, calzado con botas altas, esgrimía un mango de madera con el que golpeaba a aquellos seres que luchaban a brazo partido con la muerte, pero que acababan cayendo agonizantes y ya no podían levantarse. El canal de desagüe había quedado obstruido y el agua cubría sus cuerpos.

No se podría, y jamás se podrá imaginar lo que allí se hacía con las personas. Nadie podrá comprender que hayan podido existir semejantes seres humanos; seres sin corazón y sin alma; y, sin embargo, existieron. Y fue con una impasibilidad, un goce y, finalmente, con sadismo increíbles que fueron perpetrados esos crímenes.

Otro método empleado frecuentemente consistía en hundir la cabeza de las víctimas en un cubo lleno de agua o bien en los lavabos hasta que perecieran; para realizar estas salvajadas los SS reclutaron a hombres degenerados y cobardes para quienes lo único que contaba era el poder comer un plato más de rancho y congraciarse con los alemanes.

Los barracones de los que acabamos de hablar estaban aislados del resto del campo y justo al lado de las alambradas de púas electrificadas; gran número de esos desgraciados, impulsados por la desesperación, se lanzaban contra ellas para electrocutarse. En tales casos, al día siguiente, el Estado Mayor de los SS tomaba fotografías que justificaban todos sus crímenes bajo la denominación de "suicidios".

Habían transcurrido apenas algunos meses y ya se podían contar los muertos por millares.

Los nazis se distraían haciendo la vida imposible a los prisioneros. Por la noche se introducían en los barracones por las ventanas, blandiendo pistolas y látigos; nos hacían deshacer las camas, meternos debajo, y hacernos subir y bajar cuantas veces se les antojaba. Acababan designando a un hombre al azar y le administraban veinticinco bastonazos en el trasero. Cuando se habían hartado de un barracón, pasaban al siguiente, hasta que agotados por ese siniestro goce, se iban a dormir.

El propio comandante procedía a estas incursiones. Cierta noche entró borracho en

el campo, acompañado por su asistente y su perro. Fue a la cocina y como no hallaba lo que él quería, hizo venir al cocinero (un preso alemán), le apaleó y lanzó sobre él su perro lobo, dejándole en un estado lamentable.

Una vez finalizada esa perversa proeza, el "Gitano" (Milesky) y su asistente se dirigieron hacia el barracón de los inválidos y, como quien pide un bocadillo, exigieron el degüello de 100 prisioneros. Milesky intervino personalmente en esa sangrienta matanza, utilizando sus pistolas contra los inválidos moribundos, hasta que su sádico goce hubo quedado satisfecho.

Ya no quedaban más que muy pocos inválidos en este barracón. Cierta día, cuando estaban todos ellos formados para pasar lista, se les comunicó que los que se encontrasen enfermos y no se sintieran en condiciones de acudir al trabajo podían salir de filas. Pero pocos fueron los que se atrevieron a hacerlo, pues había circulado el rumor entre los prisioneros de que había camiones fantasmas que se llevaban a los inválidos hacia un destino desconocido. No fue hasta la liberación que nos enteramos de que existía realmente el "castillo de donde no se regresaba", Hartheim, donde los inválidos eran gaseados colectivamente.

Los alemanes, en vista de la cantidad de piojos que proliferaban en el campo, decidieron proceder a una desinfección general, por medio de gas. Por demás, cada día había una inspección de los uniformes de los prisioneros, y sus cuerpos eran afeitados cada mes; pero, bueno será decirlo, la paja con la que estaban hechos nuestros jergones no habría sido cambiada desde la fundación de Gusen, tres años atrás.

El 19 de mayo de 1942, a las tres de la madrugada, nos hicieron levantar a todos, ir desnudos a la explanada donde se pasaba lista, y nos hacinaron en una extremidad de ésta. Incluso los enfermos y los heridos tuvieron que salir del hospital.

Hacía mucho frío y, apretujados los unos contra los otros, sosteníamos una lucha continua para no quedar en la parte exterior del grupo y hallar el calor que propiciaba el contacto con los cuerpos en el interior de aquel amasijo humano. Al hacerse de día, llegó el calor y la variación de la temperatura fue tan brutal que resultó insoportable para muchos. Bueno será añadir que durante aquella interminable espera los látigos de los SS y de los kapos no habían dejado ni por un momento de acosarnos.

Por añadidura, tras haber pasado un día entero a pleno sol, las cabezas afeitadas de todos nosotros sufrieron insolaciones, lo que degeneró en graves trastornos en el sistema cerebral de muchos prisioneros.

A las nueve de la noche, nos llevaron a las duchas y, con el cuerpo mojado, permanecemos aún largo rato en la explanada. Luego, cada uno regresó a su barracón.

Así, pues, tras esa jornada, los nazis pudieron contabilizar, para su desinfección y satisfacción, más de 800 muertos. El 13 de junio de 1942, se llevó a cabo una nueva desinfección pero ésta se desarrolló en mejores condiciones que la primera debido a que el jefe del campo, veterano de Mauthausen, parecía tener mejores sentimientos.

## VEINTICUATRO CANARIOS MURIERON EN MAUTHAUSEN

de Cataluña la frontera francesa en los últimos meses de la guerra civil española. La acogida que tuvieron los españoles en Francia en 1939 no era la que esperaban. Se les internó en campos de concentración, pésimamente instalados muy mal alimentados y con un trato deleznable. Parte de ellos pudieron pasar a Méjico, a Rusia y a países iberoamericanos; otros fueron devueltos a España, y otra parte fue a caer en manos de los nazis.

### LOS ESPAÑOLES EN MAUTHAUSEN

Así, pues, gran número de combatientes españoles de la guerra civil que pasaron a Francia a la caída de Cataluña terminaron internados en los campos nazis, en donde casi todos perdieron sus vidas. Así fue su destino tras cruzar la frontera, según escribe Pierre Daix: "Internamiento en Francia en campos de prisioneros como Gurs y Argelés, reclutamiento de grado o por fuerza en compañías de trabajo durante la guerra de 1939-1940, alistamiento en el regimiento de marcha de los voluntarios extranjeros; para aquellos que habían conseguido zafarse del internamiento y que no habían sido hechos prisioneros por los alemanes, su captura durante la resistencia por la policía de Vichy o por la Gestapo, vino a significar, a fin de cuentas, la misma suerte: la deportación en los campos de concentración nazis. Y, salvo en el caso de estos últimos que, tratados como los resistentes franceses, fueron, al igual que ellos, dispersados en los diferentes campos de la muerte lenta, el centro de concentración de los "triángulos azules" —el triángulo peculiar de los *Rotsparnier*, de los "Rojos españoles"— fue el campo de Mauthausen. Los primeros españoles en ser internados en dicho campo llegaron a finales de la campaña de Francia, en agosto de 1940. Después de los polacos, deportados desde septiembre de 1939, los españoles fueron los primeros prisioneros de raza no germánica que ingresaron en este campo austriaco".

El triángulo azul era el distintivo de los deportados españoles, al igual que el amarillo lo era para los judíos y otros colores pretendían identificar los diferentes géneros de prisioneros.

Un superviviente, José Escobedo, relata así su llegada a Mauthausen en unión de un crecido contingente de españoles:

"Hacinados en un tren de mercancías y, tras un viaje de cuatro días, sin comer ni beber, llegamos a la estación de Mauthausen donde un gran número de SS y de perros nos rodearon y nos condujeron a marchas forzadas hasta el campo de concentración. Algunos de nosotros que se precipitaron sobre unas manzanas que el viento había hecho caer sobre la



carretera, recibieron una soberana paliza a culatazos. Pronto nos daríamos cuenta de que los SS no tenían nada que ver con los soldados de la Wehrmacht del "stalag" y que parecían ladrar aún más ferozmente que los propios perros lobos.

A las diez de la mañana, desembocamos en la cantera de granito donde la columna hizo una corta parada. El ruido era ensordecedor: un enorme compresor alimentaba unas perforadoras neumáticas, manejadas por hombres vestidos con pijamas a rayas, así como una serie de pequeños martillos neumáticos que horadaban la roca. Era un verdadero hormiguero humano en el que hombres transportaban de continuo grandes piedras a hombros o, por equipos de cuatro, sobre unas especies de pihuelas hechas de tablones.

Mientras los mirábamos trabajar, una de esas cuadrillas recibió una tunda de palos propinada por un *kapo*; uno de los hombres dio un traspie pero los demás lograron conservar el equilibrio, un SS le echó la zancadilla, los cuatro hombres rodaron por el suelo, la piedra cayó sobre ellos y les hirió; arreciaron los golpes y los reclusos, cubiertos de sangre, consiguiendo a duras penas ponerse en pie volvieron a cargar la piedra y siguieron su camino.

Quedamos patidifusos. ¡Esto es una verdadera penitenciaría, como en una película de miedo! —exclamábamos nosotros—; no puede ser que nos hayan enviado aquí, somos soldados y no criminales. Nos hicieron formar de cinco en fondo y subimos los 186 escalones que llevaban al campo. Nos cruzábamos con hombres que acarreaban piedras y que parecían ser españoles. Pensándolo bien tal cosa nos parecía imposible: probablemente, se nos iba a hacer pasar la noche en un campo de internamiento antes de trasladarnos a un lugar de trabajo previsto por la convención de Ginebra, y algunos de los nuestros parecían embargados por una ingenuidad sin límites. Mientras desfílábamos, pasamos por delante de las torres de vigilancia y de los centinelas armados con metralletas.

Al llegar al campo propiamente dicho, pudimos intercambiar a hurtadillas unas palabras con una columna que venía en sentido contrario y que estaba formada en efecto por españoles:

- ¿Desde cuándo estáis aquí?
- Tres días.
- ¿Hay más españoles?

—Nosotros somos los primeros.

No pudimos enterarnos de nada más; estaban obligados a apresurar el paso, bajo los golpes de sus guardianes.

Una vez en el interior del campo, tras haber franqueado la puerta monumental, un nuevo espectáculo estremecedor nos esperaba. Una decena de hombres, desnudos, inclinados sobre una especie de tarugo y con las manos agarradas a una barra de hierro fijada en el suelo, estaban siendo azotados por un enorme SS que descargaba los golpes con una habilidad fantástica. Los prisioneros estaban obligados a ir contando los golpes en voz alta; al cabo de una docena de éstos, se desmayaban, pero ¡ay de ellos!, el castigo era entonces doblado o triplicado automáticamente. Tras veinticinco golpes; los riñones se tornaban de un color amarotado o negro, tras cincuenta, negro y sanguinolentos, tras setenta y cinco, la piel y la carne se desprendían a jirones.

De ambos lados de la puerta de entrada había unas anillas fijadas en la pared de las que colgaban unas cadenas rematadas por collares; más adelante nos dimos cuenta que pocos eran los días en que no había hombres castigados "a la torre", como se decía, y que permanecían encadenados por espacio de 24 o de 48 horas, sin comer ni beber.

Mientras esperábamos, se presentaron SS a observarnos y nos preguntaron si éramos judíos. Por supuesto, contestamos que éramos españoles: aún ignorábamos la suerte que les era reservada a los judíos en este campo de exterminio. Luego, nos enviaron a la ducha, nos afeitaron de pies a cabeza y pasamos por la desinfección; vestidos con una camisa y un calzoncillo fuimos enviados por grupos de cien al barracón núm. 12. Por la tarde, nos repartieron los uniformes a rayas y, al día siguiente, nos hicieron ir a la cantera junto con los demás a buscar piedras para la construcción del muro que rodearía el campo.

No cabía ya hacerse ilusión alguna sobre lo que iba a ser nuestro futuro.

Una alta llama rodeada de un humo muy denso salía por la chimenea del horno crematorio y, con las bromas de rigor, nos dieron a entender que era por ahí que saldríamos del campo. Los primeros días hicimos preguntar al comandante del campo si estábamos autorizados, cuando se produjese la muerte de un camarada, a observar un minuto de silencio en señal de duelo. Cosa extraña, tal petición fue concedida; sin embargo, al cabo de una sema-

na, renunciamos a tal "privilegio": las muertes se sucedían a un ritmo demasiado acelerado.

Patricio Serrano, otro superviviente español, recuerda igualmente su llegada al terrible campo de concentración:

El 11 de diciembre de 1949 se hizo formar todo el contingente español y lo rodearon SS armados de metralletas y acompañados de perros lobos. Tuvimos que cruzar toda la ciudad hasta la estación. Todo el mundo nos miraba, pero no sabíamos si era con odio o con compasión. Nos hicieron subir en vagones de tercera clase herméticamente cerrados, y así atravesamos Alemania, pasando por Stuttgart y Nuremberg.

El 12 de diciembre, en plena noche, se detuvo el tren en un lugar desconocido. En cuanto fueron abiertas las puertas de los vagones, los SS nos hicieron salir a culatazos y a porrazos. Fuimos rodeados de inmediato por los perros lobos. Emprendimos la marcha por un camino empinado e interminable. Vimos perfilarse en lo alto la silueta de una fortaleza impresionante. Al ir aproximándonos, vimos raíles y vagonetas. Al acercarnos, se abrieron de par en par unas puertas monumentales. Nos hicieron formar en una explanada de tierra cubierta de nieve helada. Hombres con la cabeza rapada y que llevaban uniformes a rayas, nos iban contando de diez en diez. Los reflectores de las torres de vigilancia alumbraban la explanada como si estuviésemos en pleno día. Los oficiales del campo nos comunicaron por mediación de un intérprete que nos hallábamos en el campo de Mauthausen, campo de la muerte. Se tenía que observar la disciplina más férrea. Quien infringía las órdenes, era ejecutado. De Mauthausen, nadie salía vivo.

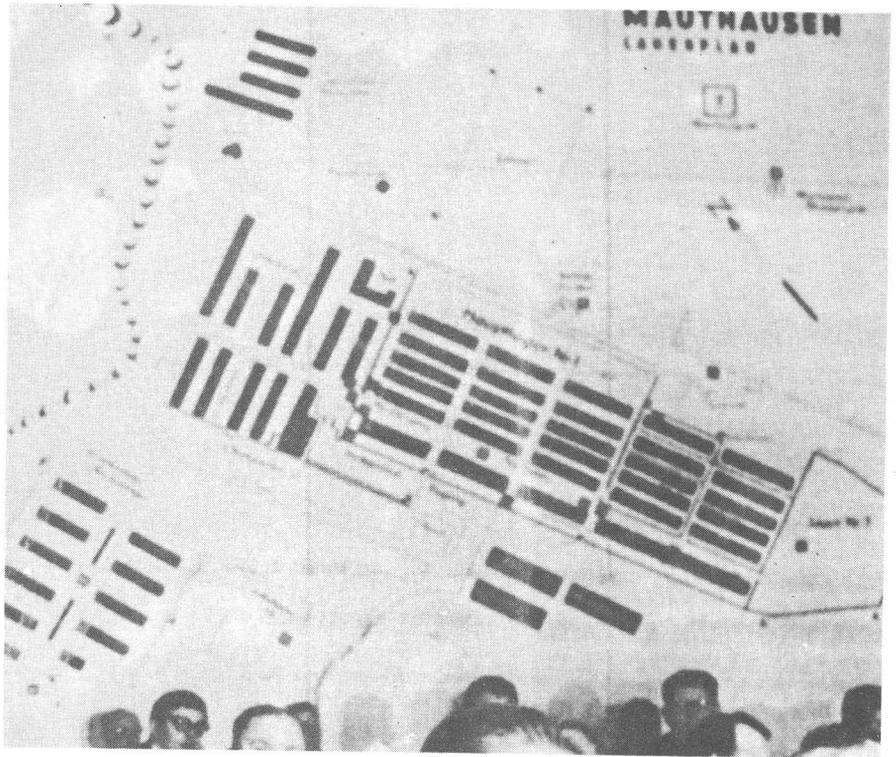
Tales hechos sucedieron el 13 de diciembre, a las dos de la madrugada.

Los españoles fueron quienes forjaron en el campo la primera organización de resistencia, que con la llegada de los checoslovacos —conocedores del idioma alemán— y otros grandes contingentes de prisioneros adquirió un carácter internacional. Esta organización de la resistencia consiguió que lograran sobrevivir internados que sin ella habrían sucumbido y protagonizó la liberación del campo en los últimos días de la guerra.

Mauthausen fue el centro de todo un imperio de campos de deportados y de trabajos forzados. A cinco kilómetros de distancia se instaló el campo de Gusen, el duplicado en negro de Mauthausen: el espanto duplicado. Allí murieron la mayoría de los españoles. Gusen era el infierno hecho realidad, hasta tal punto que el regresar a Mauthausen era considerado allí como el colmo de la suerte.

Dependientes de Mauthausen se crearon en Austria más de cincuenta campos de trabajo en los que se cumplía la doble finalidad de atender a la producción bélica alemana y al exterminio de los deportados mediante las más infames y terribles condiciones de explotación.

Excepto cuatro —Francisco Alfonso García, Aniceto Duque Pérez y Vicente Ramos García, que fueron asesinados en Mauthausen, e Israel Cabrera Alvarez que murió en el *kommando* de Steyr—, todos los canarios dejaron su vida en



La planta del campo de Mauthausen, tal como se presentó en el Tribunal de Colonia, en 1966

Gusen en los años 1941 y 1942 (sólo uno alcanzó a vivir hasta 1944). De esta forma, la sangre de hombres de las Islas Canarias se unió a la de los ocho millones de personas exterminadas por la barbarie nazi en aquellos campos.

Cuando se acercaba el final de la guerra los dirigentes nazis dieron órdenes para que los detenidos que quedaban en los campos fueran totalmente exterminados: "Ningún detenido —ordenó Himmler— debe caer vivo en manos del enemigo". Franz Ziereis, jefe supremo del campo de Mauthausen, declaró en su lecho de muerte: "Recibí de Himmler la orden de llevar a todos los detenidos a las galerías Kellerstan y Berkrostal de Gusen y de volarlas con dinamita. Ya en febrero el general Pöhl había dado orden de matar a todos los detenidos en caso de que se perdiera la guerra". Los nazis querían borrar todas las evidencias de sus espeluznantes crímenes. Ziereis no cumplió la orden y en Mauthausen quedaron supervivientes que darían testimonio a la historia del infierno que les tocó sufrir. Varios identificaron posteriormente a cincuenta de sus verdugos, que fueron condenados en Nuremberg.

El holocausto real, el holocausto histórico, fue mucho mayor, mucho más intenso, mucho más increíble que el que nos presentó la serie televisiva. En una serie de documentales de la segunda guerra mundial, compuestos por la televisión inglesa y difundidos también en TVE, recuerdo haber visto una escena del avance de las fuerzas aliadas en la última etapa del conflicto recogiendo

da por un filmador del ejército inglés que luego sería importante director de cine. Los soldados angloamericanos se encontraron ante una profunda fosa de unos cien metros de longitud y cincuenta de anchura. La fosa estaba completamente llena de cuerpos desnudos, que mostraban el último grado de degradación física a la que puede llegar un hombre en vida. Cuerpos increíblemente flácidos, que no permitían distinguir si se trataba de hombres o de mujeres, colocados unos sobre otros, tal como habían sido arrojados a la fosa. De vez en cuando, alguno, en quien quedaba un hálito de vida, movía una extremidad, lo que proporcionaba a la escena aún un aspecto más dantesco. Acuciados por el avance aliado, las SS y los soldados alemanes habían tenido que dejar al descubierto esta fosa en donde pretendían enterrar la evidencia de sus crímenes. Varios de los soldados angloamericanos llegaron a la locura al encontrarse con algo que nunca habían esperado. Esto, y muchas cosas tan terribles como ésta, fue lo que no nos ofreció, ni nos pudo ofrecer, la serie "Holocausto". La penosa realidad fue muy superior. Por nuestra parte, aquí queda este recuerdo para los canarios que murieron en los infiernos de Gusen y Mauthausen.

Alfredo Herrera Piqué

(1) Manuel Razola y Mariano C. Campo: "Triángulo azul" Gallimard, París, 1969. Edición española: Península, Barcelona, 1979.